



UNA EXTRAÑA VISITA

JESSICA CORREA

En una calurosa mañana, bajo el sol abrumador de verano, deseaba encontrar un lugar fresco con aire acondicionado donde pudiera descansar por un momento, sudaba a cántaros. Había decidido mudarme porque en el lugar donde estaba viviendo, la dueña de casa solía entrar a mi habitación cuando no me encontraba, revisaba siempre mis pertenencias. Algunas veces utilizaba mis cremas y perfumes que, por supuesto, se acababan rápidamente, incluso sin ser utilizados una sola vez por mí. Sospecho que llegó a medirse o usar mi vestido dorado, ese que tanto me gustaba llevar puesto en mis presentaciones. Cuando volví a ponérmelo, había cedido unos centímetros y tenía un olor fuerte que no pude definir al instante. Me gustaba el lugar porque era cómodo y cercano a mi universidad, pero definitivamente ya no podía continuar allí.

Después de tanto caminar, por fin encontré a mi amiga Irina, quien me había recomendado un nuevo lugar para vivir, ya que no era muy lejano del metro y ella también vivía muy cerca de allí.

Este lugar se veía muy espacioso, en realidad era una terraza en la que habían construido unos pequeños apartamentos. Me llamó la atención ver ropa colgada en el lugar, ya que supuestamente nadie vivía ahí pero por no querer ser imprudente, no pregunte; y sin más

preámbulos, decidí tomar el apartamento, mudarme lo más pronto posible.

Recuerdo cuando llegué esa primera noche, no podía dormir. Escuchaba unos sonidos extraños, miraba hacia la ventana, unos árboles frondosos hacían figuras. En ese momento creí ver el rostro de mi madre con su frondoso cabello, la recordé mucho, unas lágrimas rodaron por mis mejillas, la extrañaba demasiado, esperaba el momento de verla otra vez. Me tapé bien la cabeza, pensaba ¿qué hay allí afuera? ¿de dónde viene todo ese ruido? Después de un largo desvelo pude conciliar el sueño, a las 5:00 AM me despertó un fuerte timbre que repetía un bhajan JAI HANUMAN, JAI HANUMAN, JAI HANUMAN, JAI HANUMAN! ¡Dios! Me desperté muy asustada, miré para arriba y sobre mi cabeza volví a ver la pequeña caja, recuerdo que la vi mientras me mudaba pero no le presté importancia. Se trataba de la alarma o timbre que se encargaría de despertarme todas las mañanas. Corrí a la puerta, ya estaba ahí la dueña del lugar con una gran sonrisa y toda la ropa recién lavada lista para colgar. Ahí supe que todos los días vendría a colgar la ropa a la misma hora, así fue cada día a las 5:00 AM sin demora. Ese fue mi primer día en el nuevo apartamento de la señora Aruna.

Con el tiempo supe que lord HANUMAN es el Dios mono, deidad de la religión Hindú, muy conocido por poseer cualidades como el amor, la compasión, la devoción, la fuerza y la inteligencia, el rescato a Sita, quien se encontraba prisionera en Sri Lanka por el demonio Ravana.

Cuando tuve mis primeras vacaciones fui a visitar uno de sus templos: HANUMAN MANDIR, ubicado en Connaught Place. Esta historia, junto con sus enseñanzas, la contaré en una próxima oportunidad.

Los días siguientes transcurrieron entre intensos ensayos. Salía apurada para mi clase en la universidad y prácticamente regresaba en la noche después de un día extenuante de danza, ya que había decidido tomar clases no solo en la universidad Shriram Bharatiya Kala Kendra, la que me otorgó la beca de Kathak, si no también en Kalashram. Debido a la gran admiración que he sentido por el mundialmente reconocido Maestro Pandit Birju Maharaj Ji, quise aprender directamente con él en su escuela. Esto me significó bailar todos los días un mínimo de ocho horas, incluyendo sábados y domingos. A la semana de bailar incansablemente, mis pies se inflamaron y empezaron a pelarse, los talones me sangraban, hacia un gran esfuerzo por aguantar el dolor. Mi madre me escribía preguntándome si todo estaba bien, aunque nunca quise decirle nada sobre mis pies para no preocuparla porque seguro me diría que dejara la danza, ya que ella trató siempre de evitar que sufriera. Pero en la vida, cuando de verdad quieres alcanzar la meta, debes pasar la prueba y lograr la excelencia.

En verdad estaba tan entusiasmada y con la energía de mis dieciocho primaveras queriendo conquistar el mundo que no me importaba el tormento, no podía ser débil ni tambalear. Como dijeron Julio Cesar y un cantante Colombiano de música vallenata: “Ya la suerte está echada”. Dejaron de preocuparme los ruidos aquellos de cada noche en el nuevo apartamento porque siempre caía rendida.

Aruna, que en hindi significa “el sol naciente” o “la luz del alba”, solía venir a mi apartamento cuando me escuchaba regresar de clases. Su inglés mezclado con hindi no fue una barrera para comunicarnos; podía sentir su cariño y preocupación por mí. En ocasiones me

llevaba comida preparada en su casa o me invitaba a cenar con su familia.

Un día domingo mientras me alistaba para ir a mi clase, como todos los días Aruna hizo sonar la alarma, golpeó insistentemente la puerta y después de unos segundos entró en el apartamento, colgó la ropa y salió. Yo decidí dormir un poco más. A la media hora empecé a sentir unos ruidos en mi habitación. Desperté para ver a los extraños visitantes. Los ruidos parecían provenir de debajo de la mesa donde guardaba algunas golosinas para comer. ¡Oh, sorpresa! En un rincón de la habitación se encontraba la mamá chimpancé como de metro y medio de altura. A los pies de mi cama se encontraba el macho junto con dos pequeños husmeando en mis maletas. Me quedé en silencio observando, traté de deslizarme hacia la salida pero la madre chimpancé se atravesó emitiendo un sonido ¡UH UH! Los demás la siguieron y yo empecé a entrar en pánico. No tuve de otra que sentarme y esperar. Tenía la esperanza de que se fueran para poder ir a mi clase, pero lamentablemente ese día no pude ir y algunos vecinos se percataron del hecho. Aruna abrió la puerta; no pudo ser más oportuna y los amenazó con un palo. Uno de los visitantes escapó por la terraza mientras los vecinos lanzaban piedras. Mamá chimpancé enfrentó a Aruna y finalmente escapó con sus pequeñas crías. Demasiada adrenalina en un solo día. Desde aquella vez, las visitas de la familia chimpancé se hicieron más continuas. Ahora tenía nuevos amigos, les dejaba en la parte de afuera deliciosos mangos, les compartía exquisita comida que compraba en el restaurante móvil chino, después los observaba desde adentro. Se convirtieron en mis amigos y siempre me esperaban a la hora del desayuno. Esta es una de las muchas historias ocurridas durante mi estadía en la inolvidable e increíble Madre India.